

tario en la práctica (1885), donde el institucionista Gumersindo de Azcárate ya había puesto de relieve las deficiencias del Estado democrático liberal, deficiencias que Joaquín Costa denunciaría luego con mayor acritud en *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España* (1902). Lo fundamental de esas críticas se centraba en el funcionamiento de las instituciones de la Restauración, lo que condujo a una visión negativa del parlamentarismo y de los partidos, proponiéndose soluciones —por Rafael Altamira, por Costa, por Macías Picavea— que a menudo se han interpretado como prefascistas, aunque quizá sólo abogaban por un régimen con la fortaleza necesaria para imponer las reformas frente a los intereses establecidos, y en definitiva, para sanear el sistema. Darío no debió de sentir las extrañas: conviene recordar que había condenado en Chile las lacras de una sociedad injusta e hipócrita, y que en su día relacionó la muerte del presidente Balmaceda —a cuyo «gobierno dictatorial» se refirió alguna vez, entiendo que elogiosamente¹⁴— con las ambiciones de una aristocracia que «ha apoyado a un Congreso opuesto al Ejecutivo, ha halagado al bajo pueblo, ha inficionado con virus socialistas y de revuelta, hasta el extremo de dar en América del Sur el espectáculo de desastrosas huelgas, y ha vencido después de inundar el país de sangre»¹⁵. De cualquier modo, esos planteamientos, que pueden relacionarse con los idearios políticos de inspiración positivista tan extendidos a finales del siglo, no se manifiestan con claridad en sus escritos sobre la realidad española: Rubén olvidó aquí sus reticencias ante las inquietudes de las masas, para fijarse en el triste papel histórico cumplido por los reyes, el clero y la nobleza; «la salvación, si viene —llegó a escribir—, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos»¹⁶. Algún tiempo después lamentaría en París la injusticia y la miseria padecidas por multitud de desheredados, pero a la vez que mostraba sus diferencias insalvables con la furia anticapitalista del anarquismo francés y con la democracia plebeya predicada por los socialistas.

Desde luego, el sincero interés de Darío en los problemas de España no iba a impedirle abordar la cuestión en los términos más acordes con su búsqueda personal, y con esa búsqueda ha de relacionarse el aspecto quizá más original de sus planteamientos sobre el tema: nunca relacionó las taras de la sociedad española con la pervivencia de sus tradiciones religiosas y caballerescas. Frente a Unamuno y su «¡Muera don Quijote!», frente a las opiniones de doña Emilia Pardo Bazán —que culpaba del presente infausto a la leyenda de una España heroica, arraigada en un pueblo vanidoso que compensó con castillos en el aire su infortunio creciente—, Rubén ligó las esperanzas en el futuro precisamente a la recuperación de esa España hidalga y generosa, al servicio de un Ideal: «España será idealista o no será. Una España práctica, con olvido absoluto del papel que hasta hoy ha representado en el mundo, es una España que no se concibe. Bueno es una Bilbao cuajada de chimeneas y una Cataluña sembrada de fábricas. Trabajo por todas partes; progreso cuanto se quiera y se pue-

¹⁴ Véase «Bañados Espinoso», en *Obras completas, IV*, págs. 1153-1156 (1154).

¹⁵ Véase «Balmaceda, el presidente suicida», en *Obras completas, IV*, págs. 1148-1152 (1151).

¹⁶ España contemporánea, págs. 288-289.

da; pero quede campo libre en el que Rocinante encuentre pasto y el caballero crea divisar ejércitos de gigantes»¹⁷. En sus artículos del momento quedan abundantes testimonios de que Darío, fiel a su visión del mundo, incidía en la idealización o invención de un pasado glorioso que contrastaba con el difícil presente, y de que precisamente en la recuperación de ese pasado basaba sus esperanzas en la regeneración, avaladas por los triunfos de antaño. También puede advertirse pronto, la decisión de identificar la decadencia con ciertos aspectos de la postración cultural: «El formalismo tradicional por una parte, la concepción de una moral y de una estética especiales por otra, han arraigado el españolismo que, según don Juan Valera, no puede arrancarse "ni a veinticinco tirones". Eso impide la influencia de todo soplo cosmopolita, como asimismo la expansión individual, la libertad, digámoslo con la palabra consagrada, el anarquismo en el arte, base de lo que constituye la evolución moderna o modernista»¹⁸.

Al relacionar la decadencia del momento con el estancamiento cultural, la renovación literaria que él apadrinaba adquiría un nuevo significado: la difusión del arte nuevo y la regeneración del país se convirtieron en un único programa. Don Quijote se transformaba así, en símbolo de la España que había de nacer, y a la vez en el héroe modernista por excelencia. Algunos años después compondría Rubén las letanías al «rey de los hidalgos, señor de los tristes», que expresaban esa conciliación de sus preocupaciones literarias con sus reflexiones sobre la sociedad española. Desde luego, tal valoración era consecuencia de aquella compartida visión de un mundo contemporáneo en el que se enfrentaban el espíritu y la materia, afectando a los valores relativos, a la ciencia y el progreso. Frente al «espíritu sanchesco», lastre que impediría la ascensión de las almas individuales y nacionales —en él confluían el materialismo y la desidia—, Rubén creyó en buena medida encarnados en Don Quijote los valores que Rodó encontró representados por Ariel: la parte noble y alada del espíritu, el imperio de la razón y del sentimiento, el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia y de la imaginación. El modernismo, que había dado sobradas muestras de constituir una manifestación de espiritualidad laica, mostraba una vez más la confluencia de los planteamientos estéticos con la voluntad de conseguir un hombre armónico o de recuperar las raíces perdidas. También para Darío la belleza volvía a tener relación con la verdad y con el bien y por esa vía, al menos ocasionalmente, sus inquietudes cívicas y políticas estaban destinadas a encontrarse con sus preocupaciones estéticas. No en vano la victoria norteamericana sobre España había sido interpretada como un triunfo de los tiempos modernos, pero también de los enemigos del espíritu, del ideal, del ensueño, del Arte. Su mensaje regeneracionista se orientaba ahora a conjurar los peligros de la decadencia, los derivados de la desidia y no tanto los relacionados con el materialismo o del utilitarismo. Así, se concretaba el compromiso de Rubén con el renacimiento idealista del momento, que de algún modo equivalía a la recuperación del entusiasmo y de la fe en el porvenir.

¹⁷ España contemporánea, pág. 125.

¹⁸ España contemporánea, pág. 254.

Conviene recordar que por entonces inició la redacción, casi siempre determinada por las circunstancias, de los *Cantos de vida y esperanza* con que pretendió la exaltación de la raza. «Cyrano en España» y «Al rey Oscar» fueron los primeros, y muestran que en 1899 Rubén se encontraba ya muy lejos de la hispanofilia esteticista y un tanto folclórica del «Elogio de la seguidilla», escrito en 1892 con ocasión de su visita a España en la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Los años que vivió después en Francia, no harían sino acentuar la necesidad de fortalecer las esperanzas en el porvenir de la raza. La oda «A Roosevelt» y la aún más célebre «Salutación del optimista» son quizá los mejores frutos de su exaltación de un Ideal que ahora es ideal hispánico, y sobre su entusiasmo no deben emitirse juicios precipitados, a juzgar por la crónica en que Rubén dejó testimonio de su encuentro con Núñez de Arce, quien ya no escribía y se había abandonado a un pesimismo absoluto en sus reflexiones sobre la literatura, sobre el país y sobre el universo. El nicaragüense, que no estaba dispuesto a aceptar la derrota, anotaría después que «la misión del poeta es cultivar la esperanza, ascender a la verdad por el ensueño y defender la nobleza y frescura de la pasajera existencia terrenal, así sea amparándose en el palacio de la divina mentira»¹⁹. Buen conocedor de la caótica historia pasada y presente de varias repúblicas hispanoamericanas y de España, difícilmente podía creerlas capaces de enfrentarse al poder de los Estados Unidos, cuya influencia se dejaba sentir cada día con más intensidad en Europa y en el mundo. Al pregonar su fe en el futuro de los pueblos hispánicos probablemente se limitaba a cumplir con esa función que había asignado al poeta. El ejercicio de la divina mentira le permitiría insistir periódicamente en sus esfuerzos para alentar la formación de una conciencia hispanoamericana, para fortalecer la fe en el porvenir de la raza, mientras se acentuaban sus preocupaciones morales en un París que en nada se parecía a sus sueños de antaño, mientras el entusiasmo por las realizaciones contemporáneas de la ciencia y de la técnica, explícito al dar noticias de la Exposición Universal, se mostraba incapaz de disimular su convicción de vivir una época de desesperanza, nostálgico de los lejanos tiempos en que hubo lugar para los grandes ideales. Porque también en Francia parecían imponerse el materialismo, la degradación de los valores, la injusticia que permitía la proliferación de los desheredados. El mundo parecía bailar al borde del abismo, dispuesto sin entusiasmo a interpretar su farsa hasta la catástrofe que se anunciaba ya próxima.

Esa angustia impregna en buena medida esos engañosos cantos de vida y esperanza, incluida la «Salutación del optimista», cuyos versos no carecen de referencias a presagios funestos, a la inminencia de algo fatal, a que algo se inicia como vasto social cataclismo. En cualquier caso, los temores de Rubén no invalidan su voluntad de contribuir al renacimiento de la raza, lo que todavía ofrece algún otro aspecto de interés. En su conciliación de pragmatismo e idealismo puede recordar la actitud de Martí, de Varona, de Hostos y de otros intelectuales hispanoamericanos que habían luchado o aún luchaban por la libertad, la verdad, la civilización y el futuro de sus pueblos,

¹⁹ España contemporánea, pág. 215.

seguros de que era necesaria la adopción de nuevas ideas que superasen las limitaciones de la tradición, pero a la vez convencidos de que había que conquistar una identidad propia, una existencia verdadera, profunda e invisible. Así empezaba a configurarse la convicción de que existía una América auténtica, oculta tras los inútiles esfuerzos europeizadores en que había abundado el siglo XIX, y quizá fue Martí, sin abjurar de su fe en el progreso, el primero en mostrarse profundamente interesado en esa dimensión esencial, ajena a las transformaciones y por tanto a la historia. Convencido también de que un orden secreto quedaba más allá del caos aparente, Darío proyectó a su modo esos planteamientos sobre la realidad española del momento, y en don Quijote encontró el símbolo de la España eterna que había que sacar a la luz. Las posibilidades de futuro y de progreso indefinido habían de conjugarse con el aprecio de esa tradición, para que España y los pueblos hispánicos pudiesen consolidar alguna identidad colectiva. No pocos intelectuales hispanoamericanos seguirían sus huellas en busca de esa personalidad común, más o menos determinada por el espíritu de latinidad.

En alguna ocasión manifestó Rubén su interés en que se estableciesen entre España e Hispanoamérica fructíferas relaciones comerciales, convencido de que serían «más provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que *taquinan* la musa, de poetas que “piden” la lira»²⁰. En los artículos de *España contemporánea* no faltan las referencias dolidas a quienes sólo entonces descubrían la existencia de unos cuantos millones de hombres de lengua castellana y de raza española en el nuevo continente, y al ningún interés —salvo contadas excepciones— mostrado por la antigua metrópoli en los adelantos y conquistas de las repúblicas hispanoamericanas. Con su obra Darío se enfrentaba a esa incompreensión determinada por la ignorancia y el desdén. Hoy nadie duda de su formidable contribución al nacimiento de la poesía hispánica moderna. Sus aportaciones a la invención de una identidad cultural española e hispanoamericana esperan aún una valoración precisa.

²⁰ España contemporánea, pág. 48.

Teodosio Fernández